

## INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA

### *Carlos Fonseca: TRECE ROSAS ROJAS* (\*)

La ¿historia o novela? refiere la actuación política y el triste final de 13 chicas idealistas del Partido Comunista, durante la Guerra Civil y sobre todo una vez finalizada esta, y que fueron ajusticiadas en agosto de 1939.

#### 1. ¿Novela?

Aparentemente el autor trata de escribir una historia, pero bien por no encontrar documentación suficiente, bien por que la historia no es suficientemente emotiva para los fines pretendidos, o bien por que la historia completa no encaja en la hipótesis previa, se ve obligado a escribir una novela en la que se intercalan episodios históricos. Como en otras novelas históricas, el autor abandona en algunos casos la historia y recurre al estilo del folletín mezclado con el de la novela negra americana.

La parte novelada con comisarías siniestras pobladas de personajes igualmente siniestros, posiblemente no se aleje de la realidad, pero el autor no tiene más remedio que inventarlos con un pobre resultado. Baste una muestra: “El funcionario... tecleaba la máquina de escribir con los dedos índice a un ritmo desdeñoso y torpe a un tiempo” (capítulo 9), u otras frecuentes y truculentas expresiones como las que aparecen en el capítulo 13: “Aquellos policías feroces..., ebrios de euforia...”. En muchos casos, tales expresiones ponen el relato al borde del ridículo. Tampoco se recata en las exa-

---

(\*) Ediciones Temas de hoy, Madrid 2004.

geraciones, como cuando en el capítulo 12 al hablar de los fusilamientos que comenzaron el 6 de mayo y alcanzan su máximo en el mes de junio con más de 200 presuntos fusilados, entre los que estaban las dos primeras mujeres ejecutadas, dice que las descargas y el tiro de gracia en el Cementerio del Este, se oían en Manuel Becerra y las presas los iban contando; como si los tiros de gracia con pistola y los fusilamientos fueran a cañonazos.

## 2. *La historia.*

La parte histórica, que predomina en la obra, tiene especial valor, precisamente porque el episodio es relatado desde la izquierda, proporcionando datos, que aun siendo conocidos, la izquierda se resiste a aceptarlos. Algunos de los hechos reflejados, si fueran relatados por Pío Moa o por Ricardo de la Cierva, por poner dos ejemplos, serían descalificados por buena parte de los medios de comunicación.

En cuanto al relato sobre las chicas, de la obra se deduce hasta qué punto fueron utilizadas por sus compañeros, sin consideración a los riesgos, sirviendo de enlace y de cobertura a la estructura del PCE y a sus grupos armados. Su captación al finalizar la guerra, en parte bajo el engaño de la pronta vuelta de Negrín con un nuevo ejército, demuestra la candidez de las chicas a pesar de que todas llevaban tiempo integradas en el PCE, y algunas desde antes de la guerra. Se incluyen varias fotografías, de las que sólo dos corresponden a la época de la guerra civil y una de ellas es de Dionisia Manzanero, en 1938, con un fusil.

Ahora bien, también queda claro que su participación en casi ningún caso era relevante y lo lógico hubiera sido que con los duros criterios de entonces, su condena se hubiera limitado a unos años de cárcel, como ocurrió con casos aparentemente más graves, como la de comisarios políticos de grandes unidades. El concurso de otras circunstancias que hay que agradecer al autor que aparezcan recogidos en la obra, dio otro resultado.

Por ejemplo, Matilde Landa Vaz, a pesar de conocerse su calidad de secretaria general del PCE en España, es condenada a pri-

sión y muere en 1942 después de tirarse por una ventana. El autor presume que el suicidio se debió a las presiones que recibió en la cárcel para que se convirtiera al catolicismo. Esta suposición es gratuita y menos lógica que, por ejemplo, la hipótesis siguiente: Matilde Landa Vaz, licenciada en Ciencias Naturales, se encontró de bruces con una realidad del PCE, cada vez más siniestra, primero se entera en toda su dimensión de los crímenes cometidos por el PCE durante la Guerra Civil, después del saqueo de España en beneficio de la URSS, a continuación de la traición de los dirigentes socialistas y comunistas a los militantes de base huyendo cargados de botín, no sólo abandonándolos a su suerte sino encima impulsándolos a una resistencia a ultranza y suicida, después la nueva traición del PC en alianza con los nazis con el pacto Germano-Soviético para el reparto de Polonia, y todo ello acompañado por el contraste entre el trato que ella recibía y el que el propio PCE dio en las más de 300 checas que controlaba durante la guerra, solamente en Madrid y que al final se redujeron a solo 200. Ante este panorama, carente de fe, no encontró otro camino que el suicidio.

Para avalar esta hipótesis, basta con acudir a la propia obra. Ya al comienzo (pag. 23), dice: “Manuel Azaña había dimitido de su cargo desde su exilio en Francia el 27 de febrero, ...”. En la página 26: “Al día siguiente (6 de marzo), Negrín y la mayoría de sus ministros abandonaron España rumbo a Francia en dos aviones Douglas ...”, el mismo Negrín que “un mes antes había dicho: O todos nos salvamos o todos nos hundimos en la exterminación y el oprobio” (pag. 24). Poniendo de relieve la contradicción entre la huida bien rotendida y el discurso a la resistencia a ultranza... de las “bases”.

En el capítulo 3, dedicado a la reorganización del PCE, para introducirnos en materia dice: “La huída de dirigentes del PCE iniciada tras la caída de Barcelona, alcanzó caracteres de desbandada tras el golpe del coronel Casado. Dolores Ibarruri, Rafael Alberti, M<sup>a</sup> Teresa León, Hidalgo de Cisneros, Vicente Uribe, o Irene Falcón lo hicieron en avión, unos rumbo a Toulouse y otros a Orán. Una evacuación, que a finales de marzo, en los días previos al fin de la guerra, se encontraba ya muy avanzada, aunque no

alcanzó a todos. Para los que consiguieron escapar, la esperanza era continuar su exilio en “la casa”, como se llamaba a Moscú en el argot del partido, ...” Al final del capítulo, afirma algo, que no por sabido resulta menos interesante por provenir de un autor de tan claras inclinaciones: “La Juventud Socialista Unificada, que era controlada por el PCE ...”.

Por supuesto el autor incurre en juicios de valor totalmente distorsionados, como al valorar como una insignificancia los fondos de que disponía el PCE en Madrid al tratar de reorganizar su actividad subversiva y de lucha armada una vez terminada la guerra. Habla de 12.000 pesetas, que desde luego sin ser una cantidad exorbitante tampoco era despreciable pues podía ser equivalente a 4 ó 5 millones de pesetas actuales (unos 30.000 Euros), o las 500.000 pesetas que les enviaban del comité central (más de 200 millones de pesetas actuales) para evitar que se financiaran con atracos como tenían previsto, poniendo en peligro la estructura clandestina del PCE. O cuando habla del valor del dinero republicano, —como si fuera un abuso— porque sólo era canjeable el que se emitió antes del 18 de julio de 1936, cosa elemental en cualquier guerra y cualquier economía, aun sin tener en cuenta el saqueo del Banco de España.

Al referirse a los prisioneros de guerra, se manifiesta como si fuera algo extraño su existencia, cuando lo cierto es, que por el contrario es inexplicable la insensatez de los vencedores que a los pocos días de terminar la guerra ponen en libertad a la mayoría de los que luego reconstruyeron el PCE en España e incluso montan el asesinato del comandante Gabaldón. Tampoco se entiende muy bien la obsesión por considerar a algunas de las chicas como menores de edad, cuando ninguna de las condenadas lo era según el código penal que siguieron manteniendo sucesivamente todos los gobiernos socialistas o no. En fin, la lista de juicios de valor irracionales es interminable, sobre todo por contradecirse con los propios datos históricos que aporta el autor.

Otro tanto cabría decir del brote de fervor religioso popular en la posguerra, que el autor trata con sarcasmo de manera sistemática. Sin embargo nada induce a pensar que no fuera sincero y como

lógica reacción a un período anterior en el que se había dado rienda suelta a los peores instintos sin ninguna cortapisa, persiguiendo con saña cualquier indicio de manifestación religiosa.

Desde luego en la emocionante historia de las 13 mujeres ejecutadas el 5 de agosto de 1939, confluyeron varios hechos que desembocaron en algo tan penoso.

1º) Que un grupo de insensatos del PCE, se escudaran en unas pobres chicas para continuar la subversión o terrorismo, después de finalizada la guerra.

2º) Que todas ellas, excepto una, tuvieran antecedentes de pertenecer al PCE y a las JSU (controladas por el PCE).

3º) Que días antes, el 29 de julio, se produjera el asesinato a sangre fría del comandante de la Guardia Civil Isaac Gabaldón Irurzun, su hija de 18 años y el conductor del coche en el que viajaban, precisamente por militantes del JSU.

### 3. *La historia subterránea.*

El autor sugiere (págs. 159 y ss.) que el asesinato del comandante Gabaldón pudo ser ordenado por algunos masones que militaban en el bando nacional, —y nombra al teniente coronel Francisco Bonell, el comandante Cristino Torres, y algunos más— que se sentían amenazados por las investigaciones de Gabaldón. Es curioso que el autor cierre el círculo, resaltando que en los interrogatorios a los asesinos del comandante Gabaldón, su hija y el chofer, participa el entonces capitán Manuel Gutiérrez Mellado, que precisamente estaba a las órdenes del teniente coronel Francisco Bonell. Da la impresión de que sin decirlo explícitamente, el autor quiere sugerir que tanto el asesinato como la represión posterior fueron operaciones para “cerrar bocas” y de hecho en la reseña de Juan Carlos Merino en “La Vanguardia” de 17-04-2004 apunta claramente a la inducción por los propios servicios secretos nacionales. Se volvería a repetir la historia de ciertos asesinos que militan en la izquierda y que de hecho actúan por encargo, desde los atentados a Prim, Cánovas, Canalejas, Dato, etc. a nuestros días. No es coincidencia que el asesinato del comandante Gabaldón, aparezca

en el tomo III de las memorias (2) de Eugenio Vegas Latapie, que estuvo siempre convencido de sus extrañas conexiones.

#### 4. *Conclusión.*

Fueron condenados a muerte y ejecutados, 43 hombres y 13 mujeres.

Todo en este extraño y siniestro suceso huele mal desde el principio y resulta tanto o más vergonzoso para la izquierda y sus aliados o jefes masones que para la derecha, siendo sorprendente que no haya sido silenciado cuidadosamente este relato. Desde luego, las únicas que quedan bien en esta historia son esas 13 chicas idealistas del PCE. Hay que agradecerle a Carlos Fonseca su valor al publicarlo a pesar de su frustrada intención en distorsionar la memoria histórica.

Siguen en el aire multitud de preguntas sin respuesta:

¿A que venía un apresuramiento tal, que en menos de una semana son interrogados, juzgados y ejecutados los autores del asesinato del Comandante Gabaldón, su hija y el conductor? ¿Y que decir de la ejecución del resto, hasta 13 mujeres y 43 hombres, todos los implicados directa o indirectamente en el asesinato, sin dar tiempo a que se firme el “enterado” por el Jefe del Estado, como era preceptivo en las sentencias de muerte y que se realiza 8 días después de la ejecución? Da la impresión de que con tal precipitación se evitaría cualquier medida de gracia parcial como era habitual, impidiendo que quedaran “cabos sueltos” que pudieran dar lugar a profundizar en la investigación.

Según la obra, las células en las que participaron las chicas fueron organizadas por curtidos militantes del PC. ¿Cómo se explica que militantes del Ejército Popular –algunos con importantes responsabilidades– estuvieran en libertad 2 meses después de terminada la guerra? ¿Es que tenían complicidades dentro de las fuerzas

---

(2) Eugenio Vegas Latapie, *La frustración en la victoria, 1938-1942*, Edit. Actas, Madrid, 1995. Las páginas 436-439, están dedicadas a tan oscuro asunto, en el que se acumula el saqueo, al día siguiente, del chalet de la Ciudad Lineal en el que el comandante Gabaldón archivaba la documentación y el asesinato, también al día siguiente, de su secretario.

nacionales, que pensaban utilizarlos? Desde luego la obra despeja algunos interrogantes, pero plantea muchos nuevos a resolver por la investigación histórica en el futuro.

La ejecución de estas chicas, se hubiera dado de forma inmediata en cualquier guerra –no digamos en el gobierno del Frente Popular en el que no se necesitaba pretexto para asesinar a los considerados adversarios o a los afines anarquistas o trotskistas insuficientemente sumisos–, pero creo que al nuevo régimen le era exigible más, y en todo caso debió de volcar su rigor sobre los inductores y jefes de estas chicas y haber actuado con clemencia con ellas. No parece que ninguna de ellas mereciera más prisión que muchas de las que estuvieron encarceladas dos o tres años o ni siquiera sufrieron prisión como relata el propio autor.

En definitiva, una obra mediocre por sus formas pero con ciertos datos interesantes y que para el lector atento le da como resultado llegar a unas conclusiones que son justamente lo contrario de lo que se pretende, contribuyendo irónicamente al restablecimiento de la “memoria histórica”.

Debo agradecer a las Bibliotecas Públicas la posibilidad de la lectura de esta obra, pues así como si quiero leer una de un autor de derechas, o simplemente neutral, tengo que adquirirla, si es un autor de izquierdas, por mediocre que sea, inmediatamente está en la biblioteca.

ANTONIO DE MENDOZA CASAS